

**ESCRITO LEÍDO PARA LA INAUGURACIÓN DEL MURAL  
CONMEMORATIVO 8 de Marzo “Narradoras del progreso”.**

Por Antonia Navarro Quílez , Profesora de Historia ESCAL.

Abril, 2023

**¿Bruñir?**

La escuché en ESCAL, no recordaba su significado hasta que rebuscando en la memoria olvidada de mis estudios recordé aquellas obras relucientes, aquellas que después veríamos en San Pío V, con los retablos dorados del siglo XIV recubiertos de pan de oro. Superficies bruñidas donde la luz se refleja, donde la luz reverbera como reverbera el sonido sobre una superficie que no lo absorbe.

Me acerqué a la ventana en casa, entraban los rayos de sol, se podían ver las motas de polvo suspendidas en el espacio. Yo deseaba absorber el calor mas la luz del sol no bruñiría mi piel pero sí acercaría mi espíritu al tuyo. Solo tenía que esperar el momento adecuado, el momento de la hora, el minuto que diera por terminada la espera, las seis largas y eternas horas que marcaban los 13 mil kilómetros que nos separaban, para entonces y no antes compartir mis hallazgos... esos que tanto te gustaban.

Yo, había creído encontrar algo especial y te lo iba a poner difícil porque te daría su nombre de pila y no el nombre por el que sería después conocido.

Resollé, absorbí y expelé el aire por mis órganos respiratorios y tecleé tu número esperando escuchar lo que más echo en falta, tu voz, o la reverberación de ese sonido que va y viene que asciende y desciende y que finalmente... llega.

Y ahí hice la pregunta: ¿Sabes quién es Cassius Clay?

Y obtuve la respuesta que menos esperaba: ¡Pero si ese es de mi quinta!

Tu quinta distaba de la mía 16 años, ¿qué tendrá la edad que hace tan intrínsecamente propia a la persona? Nada. Sí Amor... Cassius Clay es de tu quinta. También tú eras capaz de transportarme a tu época silbándome la banda sonora de una película como *El bueno, el feo y el malo* del año 1966.

¿Sabes? Resollar también significa que una persona ausente da noticias de sí misma después de algún tiempo. Pero como no es posible que lo hagas tú, entonces yo, como reflejo de tí rescataré por un momento tu persona y efectuaré el bruñido de una superficie inmensa... la memoria. Y ahora es cuando te doy lo que no puedes recibir.

Cassius Clay o Muhammad Alí fue el boxeador más famoso de todos los tiempos o, incluso, para muchos, el mejor deportista del mundo. El mejor deportista del mundo dijo: ¡No! Cuando en 1966 fue convocado por el ejército estadounidense para ir a la guerra del Vietnam. Tanto esfuerzo físico para que una sola palabra derribase toda su trayectoria profesional. Así pues, perdió su título mundial, su licencia de boxeador y ganó cinco años de prisión y una buena multa. El dijo "no" y se mantuvo consecuente a su decisión hasta el final como un buen luchador sin rendirse, sin decir hasta aquí ya no puedo más... A eso, mis querid@s alumn@s se le llama convicción: la lucha por tus ideales.

Luchar, lidiar y tal vez, solo tal vez, cambiar, pasar a la Historia, la historia que se escribe con mayúsculas, la historia que precisa de fechas, de personajes, de acciones, de acontecimientos... Esa historia que tan bien sabéis me apasiona.

Retrocedamos un siglo... a mi siglo... el siglo XIX.

A 1866 cuando ya todo había acabado.

El padre de mi protagonista se llamaba Arthur Henley Keller, un hombre alto y de porte severo que había sido capitán del Ejército Confederado durante la guerra de Secesión, el conflicto que dividió y enfrentó al norte y al sur de Estados Unidos entre 1861 y 1865.

El Norte industrial, burgués, a favor de las máquinas, defensor del proteccionismo comercial y demócrata. Estos son los yanquis de las películas, es decir, el Ejército de la Unión. Es decir, el que aparece en la película de 1966 *El bueno, el feo y el malo*.

El Sur agrario, aristócrata, partidarios del libre comercio y cuya economía se basaba en las plantaciones de algodón cultivadas por esclavos.

La mujer de Arthur Henley Keller o la madre de mi protagonista, era veinte años menor que él. También hija de un general confederado... de los que perdieron la guerra, de esos que también aparecen en la película mencionada. Ella no compartía con Arthur las ideas del sur, las suyas eran más libertarias. ¿Qué encontró ella en él? ¿Hay que describir el amor? Imposible pero si había algo que los unía era el profundo amor por los libros.

Libros, letras, literatura.

Literatura... Ella, que todavía no es mi protagonista, medía apenas 1,50 m; él, que tampoco es mi protagonista, media sobradamente 1,93 m. Imaginemos a esas dos figuras fotografiadas en nuestra mente y pongámosles nombre porque sus nombres han hecho historia. El hombre alto se llamaba Abraham Lincoln y ella... Ella escribió un libro, el libro que cambió el transcurso de la Historia o así lo creyó él cuando afirmó: ¡Así que usted es la pequeña mujer que escribió el libro que inició esta guerra!

Lincoln conoció a Harriet Beecher Stowe en 1862. Ella había escrito en 1851 *La cabaña del tío Tom* publicada en 1852 y cuyo debate sobre la esclavitud se elevó a cuestión nacional. La guerra de Secesión estadounidense es una guerra entre los partidarios de la esclavitud, el sur, y los abolicionistas, el norte.

Lincoln era abolicionista, del ejército de la Unión, del que ganó la guerra y una semana después de ser reelegido por segunda vez presidente de EE.UU. fue asesinado por un confederado.

Hacer historia, pasar a la historia, ser consecuente y luchar pese a todos los riesgos por los ideales, a esto podríamos llamarlo... valor.

Pero mi protagonista, la mujer cuyo nombre está escrito en este mural, no dio su vida por una causa, ni fue asesinada, tampoco pasó a la historia por luchar por sus ideales contra su propio país, a ella no le arrebataron lo que tanto esfuerzo le costó en vida, ni fue icono universal contra la segregación racial junto a Rosa Parks, Martin Luther King o Josephine Baker... pero caminó con paso firme y no titubeó.

La palabra que define a mi protagonista no es convicción sino superación o a lo mejor una que ya conocemos todos, resiliencia, la palabra de la pandemia. La resiliencia significa adaptarse o sucumbir porque no hay más salidas. Solo la lucha atroz y sin treguas dará el resultado deseado... la libertad. Su libertad no era para con el mundo, la lucha por la libertad era consigo misma... de dentro hacia fuera e incluso de fuera hacia dentro.

Hace poco escuché, no, mejor dicho leí “cuerpo etérico” y pensé y eso ¿qué es? ¿Existe esa palabra?

Acudí a mi amigo, el diccionario y me dijo que era un símil del aura. ¡Ah el aura! Esa luz que rodea nuestro cuerpo y no vemos pero... está, ¿no? Porque existir, existe o

solo existe lo empírico, lo que percibimos por nuestros sentidos, es decir, aquello que sólo vemos, la vista; aquello que sólo oímos, el oído; aquello que solo degustamos, el gusto; aquello que solo palpamos, el tacto; y aquello que solo olemos, el olfato.

Cinco sentidos.

Cinco sentidos menos uno, son cuatro.

Cinco sentidos menos dos, son tres.

Mi protagonista nació con cinco sentidos pero a muy temprana edad solo le quedaron tres. Perdió la vista, perdió el oído y por ende la voz.

La lucha atroz de mi protagonista consistía en salir de las tinieblas. Asfixiada en una profunda incomunicación, no podía expresar sus necesidades ni tampoco sus emociones. El dique de sus sentidos impedía el flujo de las percepciones, de los pensamientos y ni qué decir de recibir conocimientos. En el exterior primaba la impotencia, no sabían cómo hacerlo, cómo lograr la comunicación... Ella no sabía nada.

Solo en antaño, en esa vida sin privaciones tuvo tiempo de aprender una palabra y relacionar la palabra con su significado para que se diese la conexión: el entendimiento. Esa palabra fue “agua”.

Si volvemos a 1962 y tomamos de nuevo el cine como medio de comunicación, os invito a ver una película basada en un libro, su autobiografía, titulada *La historia de mi vida* (1903). Cuya película lleva por título *El milagro de Anna Sullivan*, Anna Sullivan, es la institutriz que hace posible el milagro: la comunicación. Así, a través del tacto y de las yemas de los dedos sobre la garganta de los interlocutores podía mantener una conversación... “dialogar”.

Mi protagonista no fue deportista pero la carrera de su vida fue meteórica: estudió, escribió, realizó conferencias, viajó por todo el mundo y luchó por los derechos de las personas invidentes y sordas. Ella fue una persona impedida pero no incapacitada, por eso su tesón fue de digna admiración. Y así fue reconocido su esfuerzo cuando le fue concedido un título honorífico en 1955 por la Universidad de Harvard, siendo la primera mujer de la historia de EE.UU. en obtener ese galardón. Recibió dos cartas manuscritas por el presidente John Fitzgerald Kennedy en agradecimiento a su labor. Y le fue concedido en 1964 de manos del presidente Johnson la Medalla Presidencial de la Libertad, el honor civil más alto de la nación. A propósito, que ese mismo año dicho presidente firmó la Ley de los Derechos Civiles,

que supuso el fin de la segregación racial en EE.UU. y que John Fitzgerald Kennedy había iniciado cinco meses antes de su asesinato.

Mi protagonista, esa que pude elegir libremente y escribir en este mural sobre igualdad de género, se llama Hellen Keller, y podéis leer su nombre en el ángulo inferior derecho.

No dudé cuando la elegí porque sabía que me daría el juego preciso para escribir este texto porque ella reunía como nadie su historia con la Historia... Esa que a veces no eliges pero que te elige, y así pasó, cuando...

En la Segunda Guerra Mundial, Japón participó por el bando que perdió la guerra, el Eje. El Eje estaba compuesto al principio por Japón, Alemania e Italia... pero vayamos al final del conflicto. La Alemania nazi se rindió incondicionalmente en la última batalla, la batalla de Berlín. Y en ese mismo mes de 1945, abril, fue fusilado Mussolini y dos días después se suicidó Hitler. La Segunda Guerra Mundial había terminado en Europa pero no en algunas zonas de Asia y Japón. El emperador de Japón se llamaba Hirohito e hicieron falta dos bombas atómicas para que su país se rindiera. Los Aliados, el bando contrario, que lo conformaban Gran Bretaña, EE.UU. y la Unión Soviética echaron en agosto de ese mismo año dos bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki para rendir al incansable ejército del emperador Hirohito, porque Japón, no conocía la derrota desde hacía 3000 años.

Guerra, rendición, derrota y superación.

Tres años después de estos acontecimientos, en 1948, mi protagonista Hellen Keller fue enviada a Japón como primera embajadora de buena voluntad en representación de EE.UU. enviada, sí enviada, por el general Douglas MacArthur, el militar más condecorado de su país.

A esto lo podríamos llamar... reconocimiento. Pero recordemos que este reconocimiento es de todo un país que deposita en una sola mujer ciega, sorda y muda la labor de reconciliación entre naciones.

La piel de una persona no puede bruñir pero sí su aura. A las personas que han hecho historia en grande y a las que la cruzan en pequeño. Tu voz, Amor, la absorbió la superficie espesa del olvido mas aún queda impresa en mi memoria.

*Antonia Navarro Quílez*